

Libros del Asteroide 

A la venta
el 5 de mayo

Ba Jin Familia

Traducción de Eulàlia Jardí



BA JIN

Ba Jin (1904–2005), seudónimo de Li Yaotang, nació en Chengdú en el seno de una familia acomodada controlada férreamente por su abuelo. En 1920, entró en la Escuela de Idiomas Extranjeros de Chengdú, donde aprendió inglés y francés. En 1923, se trasladó a Shanghai y, en 1927, vivió un año en París para completar sus estudios. En 1931, comenzó a publicar en forma seriada la que sería su obra maestra, *Familia*, novela que, junto con *Primavera* (1938) y *Otoño* (1940), integraría la trilogía *Corrientes turbulentas*, que se erigió en símbolo de búsqueda y renovación social y personal para la juventud china y cuya influencia en las siguientes generaciones de escritores fue fundamental. Está considerado uno de los autores más relevantes de la narrativa china del siglo XX.

Ba Jin

Familia

Traducción del chino de Eulàlia Jardí

家

Capítulos extraídos de la obra de Ba Jin *Familia*
(Libros del Asteroide, 2014)

Título original: *Jia*

© Herederos de Ba Jin

© de la traducción, Eulàlia Jardí Soler, 2014

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Edición no venal.

Reservados todos los derechos.

El viento soplaba con tanta fuerza que los copos de nieve revoloteaban en el aire como trozos de guata, sin llegar al suelo. A ambos lados de la calle se habían formado caminos blancos al pie de los muros que rodeaban las casas y parecía que el cemento de en medio de la calle estuviera engastado en la nieve. Los transeúntes y los porteadores de palanquines luchaban en vano contra el vendaval. El cielo estaba completamente blanco. Había nieve por doquier: encima de los paraguas y los sombreros de paja de los porteadores, y en el rostro de los viandantes. El viento orientaba los paraguas a su antojo. Aullaba

colérico y violento, y con el sonido de los pasos sobre la nieve formaba una especie de ruido extraño que laceraba los oídos de la gente y parecía advertir que la primavera no llegaría nunca.

Atardecía y las farolas todavía estaban apagadas. Las formas se diluían en la penumbra del crepúsculo. Todo era agua y lodo. El aire era glacial. El deseo de regresar a la calidez del hogar era el único acicate de la gente.

—Hermano tercero, ¡date prisa!

Quien decía esto era un joven de diecinueve años que con una mano sujetaba el paraguas y con la otra levantaba los bajos de su túnica, mirando hacia atrás, con la cara enrojecida por el frío y las gafas de montura dorada en la punta de la nariz. El que iba rezagado, de la misma estatura y vestido igual que él, era más joven, un poco más delgado y tenía una mirada extraordinariamente brillante.

—No me atosigues, ya voy... Hoy has sido el mejor, tienes un inglés muy fluido, tu doctor Livesey queda muy bien —dijo entusiasmado, apretando el paso, salpicándose los pantalones de fango.

—No exageres, simplemente soy más atrevido que tú —dijo riendo Juemin mientras se detenía para que Juehui lo alcanzara—. Ayer declamaste muy bien el Perro Negro; no entiendo por qué no te sale bien en el escenario. ¡Si hoy no te hubiera ayudado el señor Zhu, no habrías terminado de decir tu parte!

Juehui contestó nervioso:

—Yo tampoco lo entiendo, cuando salgo a escena me empieza a latir muy fuerte el corazón, noto todos los ojos clavados en mí y ya no recuerdo ni una palabra.

Una ráfaga de viento hizo voltear los paraguas y Juehui sujetó el suyo con fuerza. Las huellas se superponían encima de la nieve y las recientes borran las anteriores.

—Me gustaría decirlo todo sin dejarme ni una palabra —prosiguió—, pero en cuanto abro la boca se me olvida el texto. Ni siquiera logro recordar las frases que mejor me sabía, y para poder continuar tengo que esperar a que el señor Zhu me apunte un par de palabras... No sé qué pasará el día de la fun-

ción. ¡Si no me sale nada, se me caerá la cara de vergüenza!

El rostro inocente del chico tenía una expresión preocupada.

Ahora el sonido de los pasos en la nieve era más delicado y ligero.

—Hermano tercero, no sufras —dijo Juemin tratando de apaciguarlo—, ensaya un par de veces más y lo recordarás todo perfectamente. Solo tienes que actuar con determinación... Además, si te digo la verdad, la adaptación que ha hecho el señor Zhu de *La isla del tesoro** no es demasiado buena, y por lo tanto no debemos esperar demasiado.

Juehui no decía nada. Agradecía aquellas palabras, pero seguía preocupado pensando cómo actuar bien y conseguir los elogios del público y de su hermano.

Sintió que poco a poco se sumergía en otro mundo. De repente, todo lo que le rodeaba se había

* *La isla del tesoro* es una novela de aventuras del escritor inglés Robert Louis Stevenson (1850-1890). El doctor Livesey y el Perro Negro son personajes de la obra. (N. del A.)

transformado. Tenía delante la taberna Almirante Benbow, donde se hospedaba su viejo amigo Billy. Él, el Perro Negro, había perdido dos dedos y, tras largas peripecias, había encontrado por fin el escondrijo de Billy. En su fuero interno se mezclaban el deseo de venganza y un miedo inexplicable. Pensaba en cómo encararse con él, qué decirle y cómo reprenderle por haber roto las reglas del juego al ocultar el tesoro. Entonces el inglés le salía de manera espontánea.

Cuando volvió en sí exclamó alborozado:

—Hermano segundo, ¡ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó Juemin sorprendido.

—Acabo de entender el secreto —dijo Juehui con una sonrisa complacida—. Tengo que ser el Perro Negro. Si lo soy las palabras me salen sin pensar. No es necesario ningún esfuerzo.

—¡Interpretar es exactamente eso! —contestó Juemin—. Y ahora que lo has descubierto, seguro que te saldrá bien. Nieva poco, cerremos los paraguas que con este viento cuesta manejarlos.

Agitó el paraguas para que cayera la nieve y lo

cerró. Juehui también cerró el suyo. Los dos hermanos caminaban el uno al lado del otro, con el paraguas al hombro. Había dejado de nevar y el viento iba perdiendo fuerza gradualmente. Encima de los muros y los tejados una gran capa de nieve blanca iluminaba la penumbra del crepúsculo. Las lucecitas de las tiendas se reflejaban en el negro lacado de las puertas de las casas señoriales. En aquel atardecer tan gélido era lo único que proporcionaba un poco de claridad a las solitarias calles.

—¿Tienes frío, hermano tercero? —preguntó Jue-min preocupado.

—No, estoy bien. Hablando ni lo noto.

—Entonces ¿por qué estás temblando?

—Porque estoy nervioso. Siempre me pasa lo mismo cuando pienso en la función. ¡Tengo tantas ganas de que salga bien! ¿Te parezco un niño?

—¡Qué va! Yo también quiero que me salga bien. Como todos. Por eso, en los ensayos, cualquier elogio del maestro, por pequeño que sea, me alegra.

—Sí, es verdad.

El hermano menor se acercó al mayor. Los dos ca-

minaban sin pensar en el frío, ni en la nieve, ni en la noche.

—Hermano segundo, eres una buena persona —dijo Juehui mirando el rostro de Juemin.

Este volvió la cabeza y se encontró con la mirada luminosa de su hermano. Sonrió y dijo pausadamente:

—Tú también. —Echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que ya llegaban—. Vamos, ya estamos en casa.

Juehui asintió con la cabeza y los dos apretaron el paso. Entraron en una calle más tranquila. Las farolas ya estaban encendidas. Dentro de las pantallas de cristal, la luz parecía aún más triste en medio de aquel frío, y las pálidas sombras de los postes que las sostenían yacían solitarias en la nieve.

Los transeúntes se apresuraban, dejando sobre la nieve huellas que se resistían a desaparecer, que no desaparecían hasta que se les superponían las siguientes. Entonces proferían un suspiro humilde y

eran aniquiladas por las nuevas. El suelo estaba lleno de agujeros oscuros de todos los tamaños.

Las grandes puertas negras de las casas señoriales se alineaban, silenciosas, en medio de aquel frío glacial. A ambos lados de cada puerta yacían los leones de piedra, protectores del hogar. Cuando las puertas se abrían, los interiores eran como inmensas y oscuras fauces; no se podía ver nada de lo que había dentro.

Las casas habían sobrevivido al tiempo y a sus propietarios, cada una con sus secretos. Cuando la laca negra de las puertas se desconchaba, volvían a pintarlas; a pesar de los cambios, los secretos del interior jamás traspasaban el umbral.

A mitad de la calle los dos hermanos se detuvieron delante de la puerta de la casa más grande. Se limpiaron las suelas de los zapatos en el escalón de piedra, se sacudieron la nieve de la ropa y entraron con grandes zancadas. El ruido de sus pasos desapareció enseguida en la oscuridad más absoluta, y el zaguán volvió a sumirse en el silencio.

La casa era como las demás de aquella calle: los leones en la puerta, los farolillos de papel rojo colgados en los aleros del tejadillo del portal de entrada, el par de jarrones cuadrados al pie de los escalones, y las dos placas verticales de madera lacada roja que, con caligrafía de estilo antiguo, expresaban buenos augurios. A continuación, una puerta de dos hojas se abría hacia el interior, y encima de cada una de ellas estaban sujetos los dibujos coloreados de los dos dioses de las puertas.

Seguía haciendo frío, pero el viento había cesado. Era ya de noche, pero la noche no había traído la oscuridad. El cielo era gris y la tierra, de color pizarra. El gran patio interior de la casa estaba completamente nevado. Lo recorría un camino de piedra con ciruelos plantados a ambos lados en cuyas ramas se amontonaba la nieve.

Juemin iba delante, y acababa de subir los escalones que conducían a las estancias del ala izquierda cuando se oyó la voz de una mujer joven procedente de una de las ventanas del pabellón central.

—Segundo amo joven, tercer amo joven, ¡ya han llegado! Es la hora de la cena. Por favor, dense prisa: ¡hay invitados!

Era la criada Mingfeng. Mingfeng, que tenía diecisiete años, llevaba el cabello recogido en una trenza y una bata de algodón azul sobre su esbelto cuerpo. Tenía el rostro ovalado y elegante y, cuando sonreía, se le formaban dos pequeños hoyuelos en las mejillas. Miraba con candidez a los dos hermanos. Juehui sonreía detrás de ella.

—De acuerdo, dejamos los paraguas y entramos —dijo Juemin cruzando la puerta sin mirarla siquiera.

—¿Quiénes son los invitados, Mingfeng? —preguntó Juehui, que se había quedado en el umbral.

—La tía mayor y la prima Qin. ¡Anda! ¡Entre!
—Dio media vuelta y se dirigió al salón principal.

Juehui se quedó unos instantes, embelesado, contemplando cómo desaparecía la sombra de Mingfeng. Después fue a su habitación. Juemin, que salía, le preguntó:

—¿Qué le decías a Mingfeng? Vamos, espábilate

de una vez, que ya deben de haber terminado de cenar.

—Voy contigo. No me he mojado, no hace falta que me cambie de ropa.

Arrojó el paraguas al suelo y se fue con su hermano.

—¡Mira que eres dejado! Te lo repito continuamente y no me haces caso. Como suele decirse: más fácil es desviar el curso de un río o mover una montaña que cambiar el carácter de una persona.

Y Juemin fue a recoger del suelo el paraguas de su hermano, lo abrió y lo dejó bien colocado.

—¿Qué quieres que le haga? Soy así —replicó Juehui—. Y, mira, me metías prisa y ahora llegaremos tarde por tu culpa.

—¡Siempre queriendo tener la razón! ¡Eres incorregible! —contestó el otro riendo.

Juehui se marchó con su hermano. La imagen de la chica, que aún no se había quitado de la cabeza, se desvaneció al entrar en el salón y ver otros rostros. Había seis personas sentadas alrededor de la mesa: en un extremo, la madrastra Zhou y la tía

Zhang; a la izquierda, la prima Qin y la cuñada Li Ruijue; en el otro extremo, el hermano mayor, Juexin, y la hermana pequeña, Shuhua; a la derecha, los asientos estaban vacíos.

—¿Por qué llegáis tan tarde? Si no fuera porque la tía ha venido a jugar, habríamos terminado de cenar hace rato —les reprendió cariñosamente su madrastra mientras les servían la comida.

—El señor Zhu nos ha hecho ensayar toda la obra y no hemos podido volver hasta ahora —contestó Juemin.

—Sigue nevando y hace mucho frío. ¿Habéis vuelto en palanquín? —preguntó preocupada la tía Zhang.

—No, hemos venido andando. Nunca vamos en palanquín —se apresuró a contestar Juehui.

—El hermano tercero no quiere que la gente diga que va en palanquín: es un humanista —terció el hermano mayor, Juexin, provocando las risas de todos.

—No hacía demasiado frío y el viento había amainado. Hemos ido charlando por el camino, ha sido

un paseo muy agradable —respondió amablemente el hermano tercero a la tía.

—Primo segundo mayor, ahora que habláis del ensayo, ¿cuándo será la representación? —preguntó Qin a Juemin.

Qin era unos meses menor que Juemin y por eso lo llamaba «primo segundo mayor»; en realidad, el nombre de ella era Zhang Yunhua, pero todos, en la familia Gao, la llamaban por su sobrenombre. Era la más bonita y la más lista de todas las parientes de la familia. Estudiaba el tercer curso en la Escuela Normal Femenina Provincial.

—Probablemente será en primavera, a principios del próximo semestre. Ya solo queda una semana para que este se acabe. ¿Y vosotras? ¿Cuándo empezáis las vacaciones? —le preguntó Juemin.

—Ya las hemos empezado. Como hay poco presupuesto, las han adelantado —contestó Qin dejando el bol sobre la mesa.

—Los presupuestos de educación se han transferido al ejército. En todas las escuelas pasa lo mismo. Pero la nuestra es diferente porque el director firmó

un contrato con los profesores extranjeros y está obligado a pagarles el sueldo tanto si hay clase como si no. Además, al parecer nuestro director tiene muy buena relación con el gobernador y en la escuela no falta el dinero —explicó el chico.

Dejó el bol y los palillos en la mesa. Mingfeng enroscó una toallita húmeda y se la dio para que se limpiara la cara.

—Mientras podáis seguir en la escuela, no habrá problema —intervino Juexin.

—¿De qué escuela estáis hablando? Lo he olvidado —preguntó la tía Zhang a Qin.

—Mi madre no anda demasiado bien de memoria —dijo Qin de buen humor—. Madre, es la Escuela de Lenguas Extranjeras. Hace un tiempo te hablé de ella.

—Tienes razón, me estoy haciendo vieja y no recuerdo las cosas, hoy incluso he dejado pasar una buena jugada —contestó riéndose.

Cuando todos hubieron acabado de cenar, la madrastra Zhou dijo a la tía Zhang:

—Hermana mayor, podríamos ir a mi habitación.

Las dos se levantaron de la mesa y, acto seguido, los demás hicieron lo mismo. Juemin se acercó a Qin, que iba detrás de todos, y le dijo en voz baja:

—Prima Qin, el próximo curso en nuestra escuela admitirán a chicas.

Qin lo miró sorprendida. Se le iluminó la cara y los ojos le brillaban como si acabara de oír una gran noticia.

—¿De verdad? —preguntó un poco desconfiada, temiendo que su primo bromeara.

—¡Claro que sí! ¿Cuándo te he mentado yo? —le dijo Juemin, y miró hacia donde estaba Juehui—. Si no me crees, pregúntaselo al hermano tercero.

—No es que no te crea, pero es que es una noticia completamente inesperada —contestó Qin entusiasmada.

—Pues sí. Pero la cuestión es si llegarán a hacerlo. En la provincia de Sichuan todavía hay gente muy conservadora, y tienen mucho poder. Seguro que se opondrán. Chicos y chicas juntos en una escuela, ¡ni soñarlo! —exclamó Juehui con fingida indignación.

—Eso no tiene tanta importancia. Solo depende

del director —dijo Juemin—. Ha dicho que si no se matricula ninguna chica, le dirá a su esposa que sea la primera en apuntarse.

—¡No! ¡Yo seré la primera que se matricule! —lo interrumpió Qin impetuosamente.

La tía Zhang llamó desde dentro:

—Qin, ¿por qué no vienes?, ¿qué estáis haciendo ahí fuera?

—Diles a la madrastra y a tu madre que vienes a nuestra habitación y te lo explico todo —le dijo en voz baja Juemin.

Qin entró y susurró unas palabras al oído de su madre. La tía Zhang asintió sonriendo:

—De acuerdo, pero no tardes mucho.

Cuando Qin cruzó el umbral y oyó el repiqueteo de las fichas de *mahjong* sobre la mesa, supo que su madre jugaría por lo menos cuatro partidas.

CONTINÚA EN TU LIBRERÍA

Chengdú, China Central, 1919. Los tres hermanos Gao, Jue-xin, Juemin y Juehui, viven conforme a las tradiciones que ha seguido su familia durante siglos; cuatro generaciones de la familia conviven ahora bajo el mismo techo, lo que supone un especial motivo de orgullo para el abuelo Gao, el patriarca del clan.

«Ba Jin fue el último de los gigantes literarios chinos del siglo XX. Más que cualquier otro escritor de su generación, inspiró y retrató los múltiples movimientos políticos y sociales que atravesaron su país durante varias décadas.» **The Independent**

En la gran casa familiar, los mayores continúan su vida indolente como si nada fuese a cambiar: como si los aires nuevos traídos por libros y revistas no fueran a transformar su existencia.

Los tres hermanos Gao están de acuerdo en que las viejas tradiciones —los matrimonios concertados, los ritos obsoletos, que las mujeres tengan que vendarse los pies o llevar el pelo largo...— carecen de sentido, pero no todos tendrán la fuerza necesaria para rebelarse.

Publicada por primera vez en 1931, *Familia* retrata la desintegración de la China feudal a comienzos del siglo XX y está considerada como una de las obras fundamentales de la literatura china contemporánea.